

Miguel de Unamuno, Enric Prat de la Riba, Rafael Altamira, Ramón del Valle Inclán,

Joan Maragall, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Azorín, Emilia Pardo Bazán, Antoni

Rubió i Lluch, Santiago Rusiñol, José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna,

Manuel Azaña, Eugeni D'Ors, Ramón Pérez de Ayala, Luis de Zulueta, Antoni Rovira i

Virgili, J. Benavente,

Pere Bosch Gimpera,

Araquistáin, Pedro

Gregorio Marañón,

Bergamín, Federico

Sunyer, Juan Negrín,

Picasso, Joan Miró,

Fabra, M^a Zambrano,

A. Mendizábal, Con-

Xirgu, Rafael Alberti,

Carles Riba, J. Fuster,

López Aranguren, Jaume Vicens Vives, Juan Gil Albert, Dionisio Ridruejo, José Luis

Sampedro, Josep María Castellet, Vicent Ventura, Antonio Saura, Pilar Bardem, José

Manuel Caballero Bonald, Juan Marsé, Antonio Gala, Almudena Grandes...

Santos Juliá

NOSOTROS, LOS ABAJO FIRMANTES

UNA HISTORIA DE ESPAÑA A TRAVÉS DE MANIFIESTOS Y PROTESTAS

(1896-2013)

R. Menéndez Pidal,

Vicente Risco, Luis

Sainz Rodríguez,

Angel Gimerá, José

García Lorca, C. Pi i

Américo Castro, Pablo

Fco. Ayala, Pompeu

Alberto, Luis Lacasa,

cha Espina, Margarita

María Teresa León,

Pedro Laín, José Luis

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

SANTOS JULIÁ

Nosotros, los abajo firmantes

Una historia de España a través
de manifiestos y protestas (1896-2013)

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Del desastre a la crisis: un siglo y algo más de manifiestos de intelectuales

Desde que el adjetivo «intelectual», «cansado de escoltar como dócil acólito a diversos sustantivos, se emancipó y se elevó también a la dignidad de sustantivo independiente», nunca los intelectuales han dejado de tomar la palabra para afirmar su presencia en la esfera pública. Ocurrió en los últimos años del siglo XIX, en Francia, y se extendió rápidamente a rebufo del más célebre de todos los *affaires* de ese siglo y del siguiente, el que acompaña desde entonces al nombre del capitán Alfred Dreyfus. Cuando apenas habían transcurrido quince años, en 1914, ya se podía escribir que, «nacido no hacía mucho tiempo, el sustantivo intelectual ha hecho gran fortuna y su uso es muy frecuente, aunque para el gran público continúe siendo algo misteriosa su existencia».¹ Fortuna perdurable: en julio de 2013, la prensa anunciaba con grandes titulares que cientos de «intelectuales y artistas» impulsaban desde el Ateneo de Madrid nada menos que «una alternativa política y social» al sistema vigente.² No han desaparecido, ni muerto, los intelectuales, no: lo único que ha ocurrido es que desde los tiempos del Desastre se han transformado, como tendremos ocasión de ver, en un elemento más, pero no el más decisivo, de los llamados trabajadores de la cultura. No es exactamente lo mismo, aunque tampoco sea lo contrario.

En España, Miguel de Unamuno conocía el sustantivo y lo empleaba al menos desde 1896, como es evidente en la carta dirigida al presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas (133),³ primer documento que testimonia entre nosotros el nacimiento de este nuevo sujeto sustantivado y que abre por eso mismo esta colección de un siglo y algo más de manifiestos, cartas y otros escritos firmados por intelectuales.⁴ La abre de forma excepcional, porque lo que interesa para esta edición de textos es que al tiempo que se sustantivaba, la voz «intelectual» comenzó a decirse preferentemente en plural, como si los escritores, científicos y artistas que pasaron a ser conocidos y respetados —o desdeñados— como intelectuales sintieran cierto reparo en presentarse a sí mismos individualmente bajo ese nombre y buscaran convertir su autoridad personal, ganada por su obra, en poder colectivo, ganado por su gre-

1. Las dos citas son de A. Cartault, *L'Intellectuel. Étude psychologique et morale*, París, Félix Alcan, 1914, p. 43, del que hay edición española de 1929.

2. *El País*, 2 de julio de 2013.

3. Estos números entre paréntesis situados en el texto remiten a la página de este volumen en que se encuentra el documento citado. Las referencias a pie de página con nombre de autor seguido de año remiten a la bibliografía incluida al final de esta introducción.

4. En un artículo titulado «La independencia de Catalunya», fechado en 1895, pero nunca publicado, Joan Maragall escribió que no leer ningún periódico de Madrid «a los intelectuales no les ha de costar nada», en *Obras Completas*, Barcelona, Selecta, 1981, vol. 1, pp. 739-740.

mio, poniendo cada cual su firma al pie de un manifiesto. El mismo Unamuno encabezaré en febrero de 1905 un escrito de protesta distanciándose del homenaje que parte de la prensa preparaba a José Echegaray por la reciente concesión del premio Nobel (1899), y será curioso constatar cómo él, un ególatra empedernido, no dudó en incluirse, con los demás firmantes del breve escrito, en un «Nosotros», la intelectualidad española, como si ese nosotros, los que suscriben, los firmantes, borrara al convertirse en plural todas las reticencias que acompañaron el alumbramiento del neófito. No por casualidad, fue Unamuno quien primero calificó a alguien en España como intelectual, y será también él quien primero encabece una protesta en nombre de nosotros, la intelectualidad.

Pues, en efecto, el intelectual, si nace solo, enseguida se presenta al público en compañía. De hecho, así fue como aparecieron históricamente los intelectuales en Francia: Émile Zola entregó en la redacción de *L'Aurore* su denuncia de la injusticia cometida con Dreyfus; Georges Clemenceau, que la recibió, le puso un título llamado a la celebridad: «J'accuse», y de inmediato una larga lista de profesores de secundaria y de Universidad, hombres de letras, abogados, médicos, sabios, científicos, estudiantes, engrosaron con sus nombres largos pliegos de acusación. Todos ellos, juntos, en un acto de protesta, se erigieron en acusadores de los políticos y del Estado mismo, que promovía o consentía tamaña injusticia. No habría intelectuales si no hubiera una medida de gobierno que denunciar, una política contra la que protestar, un público –la masa, el pueblo, los ciudadanos– al que se pretende movilizar para que, levantándose contra el poder, remedie la injusticia; pero, sobre todo, no habría intelectuales si cada profesor, escritor, sabio, científico, «en nombre de las normas propias de su propio campo literario» –como le gustaba decir a Bourdieu al estudiar sus relaciones internas y con el campo de poder– y, entre ellas, principalmente la Verdad, no hubiera puesto su firma al pie de un papel de protesta, denuncia y llamada a la movilización contra una acción de gobierno; en resumen, si no hubiera intervenido, junto a otros, en política.¹

En aquella ocasión, los acusadores se presentaron en público con tal fuerza y levantaron tanto la voz que suscitaron enseguida la reacción de alguien que no se consideraba intelectual, Maurice Barrès, que publicó en *Le Journal* una pieza llamada a alcanzar no menos celebridad que el «J'accuse» de Zola: «La protestation des intellectuels». Declinando en plural una voz que ya rodaba en singular por los medios literarios y periodísticos, Barrès daba con su artículo testimonio del nacimiento de este nuevo sujeto colectivo en un acto de protesta a la vez que hacía gala de un anti-intelectualismo como rasgo central de los intelectuales que no elevaban su voz contra el poder sino contra las gentes del mismo oficio que sí la habían al-

1. Todas las firmas pro revisión del proceso, en Jacques Julliard y Michel Winock, dirs., *Dictionnaire des intellectuels français. Les personnes, les lieux, les moments*, París, Seuil, 2002, pp. 443-462. «La invención del intelectual», según Pierre Bourdieu, en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995, pp. 196-200. Para un análisis según estas categorías: Christophe Charle, «Champ littéraire et champ du pouvoir. Les écrivains et l'Affaire Dreyfus», *Annales ESC*, 2 (marzo-abril 1977), pp. 240-264.

zado.¹ Frente a la lista de apoyo al escrito de Zola aparecieron las listas de apoyo al escrito de Barrès: eran los intelectuales anti-intelectuales, una nota que marcará para el futuro al intelectual de derechas. Pues no por ser de derechas dejaban los firmantes anti-Dreyfus de ser tan intelectuales como los que firmaron en su defensa: unos y otros actuaban porque disponían, o creían disponer, de un poder espiritual laico –cuyos orígenes estudió Paul Bénichou en su precioso libro *Le Sacre de l'écrivain*– que en Francia adornaba a aquellos escritores que, habiendo alcanzado alguna notoriedad en el ejercicio de su oficio como literatos, artistas, científicos o sabios, intervenían en el debate público en defensa de valores universales, como la justicia, la libertad, la verdad, y lo hacían en nombre de esos nuevos sujetos colectivos surgidos tras el derrumbe del Antiguo Régimen, la masa, la clase obrera, el pueblo, la patria, o la verdadera, única y eterna nación.

«Los intelectuales» aparecen, pues, como escritores que, al unir su palabra en un acto de protesta, suscitan de inmediato una réplica de otros escritores que, por manifestarse conjuntamente en contra, se convierten también en intelectuales, escindiendo desde su mismo origen el campo de la intelectualidad. Y así, ya en el momento de su aparición, los intelectuales se dividen por la misma línea que recorre el campo de la política desde que, en la Asamblea Nacional, unos representantes del pueblo se sentaron a la derecha y otros a la izquierda de la presidencia. Mal que le pesara a Jean Paul Sartre y, entre nosotros, a José Luis L. Aranguren, que negaban la posibilidad de existencia del intelectual de derechas al definir al intelectual como crítico del poder, desde que salieron a escena, hay intelectuales de derechas como los hay de izquierdas. Abundan incluso los casos en los que esa división en la unidad es biográfica, como ocurrió con el mismo Aranguren –y tantos otros de su generación– que tan intelectual era cuando escribía, a sus treinta y cinco años: «a poco de terminar victoriosamente nuestra guerra» como cuando cepillaba lo escrito, bien cumplidos los cincuenta, para dejar: «a poco de terminar la guerra», una guerra que, con el tiempo y con su desplazamiento ideológico de la derecha real a cierta izquierda utópica, borró como victoriosa a la par que nuestra para dejarla, simplemente, en la guerra.²

Esa división izquierda/derecha, con todos los matices intermedios que se quiera, se hace pública desde el momento en que un grupo de intelectuales toma la palabra en forma de manifiesto que pasan a la firma. Éste es el tipo de manifiesto que en esta edición nos va a ocupar. No, desde luego, el emanado de partidos políticos, sindicatos o instituciones públicas, que es otra cosa; ni tampoco habrá lugar, o sólo excepcionalmente, para el que elabora y firma un escritor en solitario; aquí únicamente habrá espacio para el manifiesto respaldado por un nosotros, los intelectuales, profesionales o artistas que firman al pie, aunque sea uno solo el autor. El manifiesto es

1. Simultaneidad de la aparición: Vincent Duclert, «Anti-intellectualisme et intellectuels pendant l'affaire Dreyfus», *Mil neuf cent*, 15, 1997, pp. 69-83.

2. José Luis L. Aranguren, *La Filosofía de Eugenio d'Ors*, Madrid, Ediciones y Publicaciones Españolas, 1945, p. 268, y la versión sutil pero no inocentemente depurada, en *Obras Completas*, ed. de Feliciano Blázquez, Madrid, Trotta, 1994, vol. 1, p. 205.

«literatura de combate»,¹ sobre todo cuando se trata de los que han esmaltado el largo caminar de los intelectuales desde el *affaire* Dreyfus hasta el derrumbe de la Unión Soviética y el fin del comunismo como último sentido de la historia. Es literatura, aunque no siempre de alta calidad, porque utiliza recursos formales con vistas a producir un efecto en sus destinatarios; es de combate porque se construye a partir de una voluntad de intervención pública. El manifiesto denuncia un estado de cosas presente, protesta contra sus causantes, marcando siempre una distancia entre «ellos» y «nosotros», y promete otro futuro. Y es de intelectuales porque, desde su mismo origen, la voz intelectual, sustantivada y en plural, identifica a aquellos escritores, profesionales y artistas que, colectivamente, expresan por medio de la palabra escrita o hablada su voluntad de intervenir en política sostenidos en la autoridad de su obra y guiados por las reglas y los valores de su oficio.

En España, desde el desastre de 1898, y la floración de nacionalismos que fue su primer resultado, hasta la crisis de 2008, con el hundimiento de las últimas ingenuas ilusiones, no han faltado ocasiones favorables a la producción de manifiestos. Lo fue la Gran Guerra, de la que ahora se cumplen cien años, vivida aquí como una pequeña «guerra civil» entre aliadófilos y germanófilos; lo fue la dictadura primera, la de Primo de Rivera, que vio surgir una curiosa alianza de intelectuales castellanos y catalanes en defensa de la lengua catalana; lo fueron en grado superlativo la proclamación de la República y los tres años de guerra civil, con la irrupción del intelectual comprometido. Y, tras una larga posguerra en la que sólo desde el exilio se podía dar curso a esta literatura de combate, lo volvieron a ser los últimos años cincuenta y luego los sesenta y los setenta con el auge de intelectuales demócratas al compás de la descomposición de la dictadura. En fin, tampoco en las últimas décadas han faltado motivos para levantar la voz y adoptar públicamente una posición ante los problemas planteados por la incorporación de España a la OTAN o por su participación en las guerras de Irak, por el terrorismo y las políticas antiterroristas, por la construcción de naciones sin Estado en un Estado a la búsqueda de nación, y por los devastadores efectos que la política de los últimos años está provocando en nuestro frágil sistema público de salud, en nuestro sistema educativo o en las vidas diarias de tanta gente condenada al paro y a la pobreza. De los regeneradores de comienzos del pasado siglo hasta los ciudadanos de la hora actual, nunca los intelectuales han faltado a la cita con sus diferentes públicos en una secuencia de tiempos y una sucesión de figuras que aquí trataré de introducir y contextualizar al compás de la aparición y difusión de sus manifiestos.

REGENERADORES Y CONSTRUCTORES DE NACIÓN

Si la voz intelectual se extendió rápidamente entre los escritores de finales del siglo XIX y era ya de uso común hacia 1900, no ocurrió lo mismo con los manifiestos: nada similar al caso Dreyfus se produjo en aquella España finisecular. Y no por au-

1. Como escriben Carlos Mangone y Jorge Warley, *El manifiesto. Un género entre el arte y la política*, Buenos Aires, Biblos, 1994, p. 9.

sencia de una tradición de escritores públicos, que se remonta a la guerra contra los franceses y a la inmediata revolución liberal y que atraviesa todo el siglo, de Larra a Pérez Galdós, de Balmes a Giner de los Ríos, sino por la estrechez del oficio, tan menesteroso que no daba para comer, menos aún para formar un campo o ámbito literario con la densidad necesaria para que de él surgiera el nuevo sujeto colectivo consciente de su capital simbólico y dispuesto a emplearlo en alguna causa política. Como el joven Pío Baroja acertó a explicar a sus lectores franceses, en España «los autores veteranos eran siempre algo más que escritores»: Galdós era editor; Valera, diplomático; Echegaray, ingeniero; Clarín, profesor de Universidad:¹ de eso vivían, no de escribir libros ni de colaborar en los periódicos, fuente marginal de ingresos, salvo en raras excepciones, como de nuevo la de Miguel de Unamuno, que atendía las necesidades de su numerosa prole llevando una estricta contabilidad de lo que cada revista o cada periódico le abonaba por sus artículos.

Tal vez por esa menesterosa situación del escritor en la España de fin de siglo, la más abrumadora respuesta al Desastre consistió en una eclosión de lamentos por la patria muerta y una avalancha de propuestas de regeneración, «idea y palabra que cansan y disgustan ya de puro repetidas», como escribió el anciano Juan Valera al calificar de «elegíacos y terapéuticos» los libros de Damián Isern, Luis Morote y Macías Picavea sobre los males de la patria. En lugar de un acto de protesta emitido con una sola voz, la nota común de las letras castellanas del último periodo fue una «interminable elegía. Lírica, novela, miscelánea, alto periodismo, voces dispersas que se resumen en un coro solemne, un inmenso adiós, un canto de añoranza, una despedida dolorosa», según escribirá en 1907 para *La Vanguardia*, Miquel dels Sants Oliver en la primera, y estupenda, serie que pasa revista a «La literatura del desastre». En el desmayo general del ánimo público, dirá Azaña treinta años después, en esa pieza maestra que es «Tres generaciones del Ateneo», los más finos estuvieron tristes por influjo literario, contagiados de la moda delicuescente, y así, «tristes por desengaño precoz de una egolatría sin porvenir, el análisis los dejaba apáticos». No bien cumplidos los veinticinco años, los jóvenes literatos hablaban ya de su fracaso.²

Es claro que el tono elegíaco, los cantos de añoranza, la tristeza y el fracaso no sientan nada bien a los manifiestos. Y sea cual fuere el valor literario de los lamentos emitidos y la pertinencia y eficacia de las soluciones propuestas, no todas tan dignas del desdén con que en ocasiones se acompaña su evocación, es lo cierto que poco tiene que ver esa literatura con la irrupción de los intelectuales en la esfera pública como sujeto colectivo dispuesto a someter a crítica un estado de cosas, denunciarlas en nombre de la justicia, la verdad o la libertad y proponer vías de futuro. Más bien, lo que surgió entonces fue lo que el grupo de profesores de la Facultad de Derecho de la Uni-

1. Cit. por José-Carlos Mainer, *Pío Baroja*, Madrid, Taurus/Fundación Juan March, 2012, p. 96.

2. Juan Valera, «Cartas a *La Nación*, en Buenos Aires», 30 de septiembre de 1900, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1958, Tomo III, p. 578. Miguel S. Oliver, «La elegía castellana», *La Vanguardia*, 7 de diciembre de 1907, p. 6. Manuel Azaña, «Tres generaciones del Ateneo», 20 de noviembre de 1930, en *Obras Completas*, ed. de Santos Juliá, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, vol. 2, p. 1005.

versidad de Oviedo definió como «una minoría heterogénea y mal considerada en medio de una sociedad que, por lo común, menosprecia el estudio y rehúye las luchas de la civilización moderna».¹ Por eso, uno de los legados más notables que dejaron los intelectuales del 98 no fue un manifiesto, menos aún una colección de ellos, sino la memoria sobre *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*, las respuestas individualmente remitidas por varias decenas de miembros muy cualificados de la elite académica y política, y el resumen que de la información contenida en esas respuestas declamó, con su poderosa voz, Joaquín Costa en el Ateneo de Madrid en dos jornadas que acabaron en grandes aplausos y aclamaciones, y en la manifestación por la calle acompañando al formidable tribuno de vuelta a casa, y de la que los jóvenes socios de las nuevas generaciones guardarán de por vida recuerdo imborrable.

Habría que ir a buscar lo más cercano a un programa colectivo de regeneración, primero, a Zaragoza, desde donde resuena la potente voz del mismo Costa, con su queja ante el presidente del Congreso de los Diputados porque todas las peticiones de reforma social, política y administrativa han sido desestimadas o no atendidas, y después, a Asturias, cuando un grupo de profesores universitarios, vinculados a la Institución Libre de Enseñanza, impulsen una especie de circular-manifiesto en la que proponen la confluencia de «las clases comúnmente llamadas intelectuales» con las clases económicas o productoras que, a la llamada de Costa, había reunido la Cámara Agrícola del Alto Aragón (146). La iniciativa no pudo ir mucho más allá, pues el desplazamiento de los intelectuales desde su propio campo al de la política con la transformación de la Liga de Unión Nacional en una organización dispuesta a presentarse a elecciones generales acabó dando origen a una especie de partido de intelectuales *cum* productores abocado naturalmente al fracaso, aunque dejara por el camino un programa de reformas, todas ellas urgentes además de razonables, plasmado en la carta dirigida al presidente del Congreso por decenas de entidades económicas y culturales: mudar el sentido de la enseñanza, orear la Universidad y ponerla en comunicación con el extranjero, formar el plan general de canales y riego, revisar las carreteras, dotar de condiciones al crédito agrícola, simplificar los procedimientos judiciales, matar el expediente y el burocratismo, cerrar academias militares, convertir deudas, suprimir ministerios... Nada quedó fuera de la mirada de las cámaras, ateneos, juntas, sociedades de socorros que se adhirieron al manifiesto programático que lo debe todo a la cabeza y la voluntad de Joaquín Costa (140).

Mirando hacia atrás en 1907, el mismo Miquel dels Sants Oliver lamentaba que todo aquel trasiego acabara en una elocuencia restallante y deuteronomica,² de modo que de la movilización que siguió al Desastre apenas quedaban rescoldos

1. Notas y observaciones enviadas por Rafael Altamira, Adolfo G. Buylla, Adolfo Posada y Aniceto Sela a la encuesta de Joaquín Costa, cuando se refieren a la «desnacionalización» de muchos «intelectuales» en: *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno de España: urgencia y modo de cambiarla*, vol. II. *Informes y Testimonios* [1902], ed. de Alfonso Ortí, Madrid, Revista de Trabajo, 1975, pp. 91-92.

2. Miguel S. Oliver, «La literatura del desastre. X. El ambiente de 1898», *La Vanguardia*, 26 de octubre de 1907, p. 6.

cuando él escribía, aunque sería preciso matizar que todo aquel trajín dejó como secuela la convicción de que los problemas de España, abruptamente revelados por la pérdida de Cuba, no tendrían remedio si no se acometía una larga obra de reformas y la elevación del nivel educativo de los españoles. A una reacción contra los lamentos, cirugías y arbitrismos de aquellos años se debe probablemente la inmediata orientación de los institucionistas hacia la administración del Estado como espacio desde el que impulsar sus proyectos reformadores: el añadido de «nacional» al Museo Pedagógico, los programas de Extensión Universitaria, el impulso a la escuela pública llamada entonces «nacional», la salida al exterior de becados por la Junta para Ampliación de Estudios, la fundación del Centro de Estudios Históricos, el Instituto Nacional de Ciencias, la construcción de la Residencia de Estudiantes y el ensayo de los institutos-escuela lo deben todo a los programas pedagógicos de la Institución que Manuel Bartolomé Cossío, Rafael Altamira, Alberto Jiménez Fraud o José Castillejo –aquel «hombre de mínimas necesidades físicas en albergue, mesa y ropa; modelo de pulcritud, de tenacidad, de originalidad y donosura»–¹ se encargarían de desarrollar sin necesidad de pasar a la firma manifiesto alguno.

De manera que si fuera preciso buscar un equivalente a París –aunque con la significativa ausencia de la escisión izquierda/derecha– en lo que a la aparición de «los intelectuales» se refiere, habría que mirar a Barcelona, constituida, como ha visto tan bien Vicente Cacho, en capital autónoma de la cultura al recibir la influencia francesa de forma directa, «evitando las funciones de mediación desempeñadas hasta entonces por la capital de España». ² Allí, o en Cataluña, un rico tejido de asociaciones, centros excursionistas, ateneos, uniones, había servido de soporte institucional a la presencia pública de una generación de jóvenes profesionales, críticos de la política pero que no sentían aversión a la práctica de la política. Todo lo contrario: convencidos de que los «hombres superiores» tenían la misión de transmitir al pueblo la conciencia de la significación y la fuerza de las ideas generales que, dejado a sí mismo, el pueblo nunca podría alcanzar, estos profesionales ocuparon muy pronto las posiciones directivas de instituciones sociales y culturales como el Centre Català, la Sociedad Económica de Amigos del País o el Ateneu. «Si la idea tiene resorte y sus apóstoles también, aquélla encarna en la multitud», escribió uno de ellos, Joan Maragall, que se preguntaba: «¿Cómo ha nacido si no en España el moderno regionalismo gallego, catalán? No por movimientos populares espontáneos, sino de manera ideal: han sido los poetas, los artistas, los hombres de estudio los que han dado conciencia al instinto conservador de la raza hasta convertirlo en fuerza activa y hacerlo eficaz». ³ La red asociativa, alimentada en una ideología organicista y corporativa, muy acorde con la tradición católica de la que procedía, añadida a este sentido de misión que refuerza los vínculos de una elite en torno a un propósito común, permite entender que poco antes y unos

1. Como lo recordaba Ramón Carande, «Prefirió trabajar, sin darse tono», *El País*, 29 de octubre de 1977.

2. Vicente Cacho Viu, «Crisis del positivismo, derrota de 1898 y morales colectivas», en *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 60.

3. Joan Maragall, en su crítica al libro del mismo título de Salvador Golpe, «Patria y región», *Diario de Barcelona*, 19-28 de abril de 1897, en *Obras Completas*, vol. II, pp. 515-516.

meses después del Desastre, estos intelectuales no dejaron pasar la ocasión de publicar una variada cantidad de manifiestos dirigidos «Als catalans»¹ o «Al poble català» (134 y 136), con Enric Prat de la Riba, Narcís Verdaguer i Callis, Lluís Duran i Ventosa y Josep Puig i Cadafalch a la cabeza, en los que son claramente perceptibles las notas que caracterizarán en adelante una presencia autónoma y de muy distinto alcance y eficacia en el ámbito de la política a cuanto lamento se emitiera o reforma se propusiera desde Madrid, Zaragoza o Asturias.

Al cabo, lo que muestra el proceso de construcción de nación que ponen en marcha estos intelectuales es la razón que asistirá a Max Weber cuando escriba que «la pretensión de afirmarse como una nación especial suele basarse en la posesión de bienes culturales por parte de la comunidad lingüística». La serie de manifiestos escritos en lengua catalana y firmados por profesionales en «posesión de bienes culturales» no puede compararse con nada que se escribiera y publicara durante la misma época en lengua castellana. Son, ante todo, auténticos manifiestos; hay en ellos lo que puede esperarse de esta literatura de combate: una visión idealizada del pasado, un análisis crítico del presente, una propuesta de movilización para construir otro futuro, para construir una nación, que ya es pero aún no existe. Para 1901, los intelectuales de Barcelona —que como todos los intelectuales, según escribirá también Max Weber en una de sus escasas, pero siempre lúcidas, observaciones sobre esta nueva clase, «están específicamente predestinados a propagar la idea nacional»,² o sea, a lo que ahora llamamos construir nación—, habían culminado una operación muy cuidadosamente programada desde la «catalanización» del Ateneu en 1895:³ poner fin a lo que Josep M. Fradera ha llamado la doble pertenencia o a lo que recientemente Borja Vilallonga define como «proyecto nacional español catalán». En resumidas cuentas, la operación consistió en abandonar la idea y el sentimiento, antes dominante, de Cataluña como «bastión avanzado del españolismo», ante la superior potencia social y la mayor eficacia política de un reciente descubrimiento que Prat de la Riba no se cansó de propagar: que patrias no hay más que una y que la única patria de los catalanes era Cataluña, llamada a cumplir en España, que no era nación sino Estado, una misión «imperial»,⁴ o como le explicaba a Azorín un día de abril de 1906: «Nada de imposi-

1. Así el firmado el 12 de junio de 1898 en Barcelona por acuerdo del Consell General de la Unió Catalanista (*La Veu de Catalunya*, 19 de junio de 1898, pp. 2-4) en el que se pide que venga enseguida la paz y se confía en que gracias a esta terrible crisis vea el pueblo catalán la absoluta necesidad de que «Catalunya tingui el govern dels seus interessos interiors i que influeixi en la direcció dels exteriors a proporció de la seva força».

2. Max Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, vol. II, pp. 681-682.

3. Como presenta Joan-Lluís Marfany el «putch organitzat per Prat i companyia», *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Empúries, 2.^a ed., 1996, p. 24.

4. Josep M. Fradera, *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña, 1838-1868*, Madrid, Marcial Pons, 2003; Borja Vilallonga, «Compitiendo en españolidad. El nacionalismo español de la intelectualidad catalana en el Ochocientos», *Alcores*, 12, 2011, pp. 75-95. Las complejidades y avatares del «imperialismo catalán» han sido estudiadas por Enric Ucelay da Cal en su monumental *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.

ciones, de unitarismo violento, de opresión de los diferentes grupos españoles [...] pero nada, tampoco, de despedazar España en pequeños Estados. Hacerla más grande aún, más fuerte, redimirla de su abatimiento, enriquecerla, levantarla al nivel de los grandes pueblos, infundir en ese mísero Estado que es hoy alientos de gran potencia, y medios para serlo, éste es el deber de las naciones españolas, éste es el ideal, la aspiración, la voluntad de Cataluña».¹

Estos intelectuales catalanes de 1900 sacarán las últimas consecuencias políticas de sus reiteradas llamadas al pueblo de Cataluña con la creación de una Lliga Regionalista con resultados bien diferentes a los de la Liga de Unión Nacional que impulsaba Joaquín Costa y, por personificar en él la presencia de intelectuales, Rafael Altamira. Cuatro de los firmantes del manifiesto dirigido al país (139) por los cinco presidentes de sociedades cívicas catalanas tras su infructuoso viaje a Madrid para negociar un concierto económico con el Gobierno presidido por Francisco Silvela, se presentaron con éxito a las elecciones legislativas de mayo de 1901: Bartolomé Robert, presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, Alberto Rusiñol, de Fomento del Trabajo Nacional, Luis Domenech, del Ateneu, y Sebastián Torres, de la Liga de Defensa Industrial, ocuparon cuatro de los siete escaños en disputa, y tal vez Carlos de Camps, marqués de Camps, presidente del Instituto Agrícola, habría obtenido el quinto si se hubiera presentado.² El catalanismo, que se había forjado en instituciones económicas, cívicas y culturales como resultado del trabajo constante de una elite profesional, había inundado el campo de la política. Y es que, en definitiva, los campos político e intelectual nunca han estado cercados por empalizadas infranqueables, y ni siquiera han sido nunca campos al modo en que Bourdieu teorizó para Francia, sino más bien territorios comunicados por una amplia y variada red de caminos y veredas que los intelectuales catalanes no se cansaron –ni se cansarán en el futuro– de recorrer: mientras haya nación que construir, no faltarán nunca intelectuales dispuestos a poner manos a la tarea.

Los intelectuales de Unió Catalanista eran jóvenes profesionales –abogados, profesores, arquitectos, ingenieros, escritores– que habían establecido fuertes vínculos con el mundo de la burguesía empresarial y de negocios en el seno de una variada red de instituciones y que, por tanto, poseían una clara conciencia del significado del poder social y político, al que aspiraban y para cuyo ejercicio se preparaban. En Madrid, los llamados intelectuales, para empezar, no eran madrileños, sino recién llegados a la capital; eran, además, como lo decía Unamuno, literatos que a todas horas hablaban de la regeneración de España;³ y, en fin, pretendían encontrar un lugar en las redacciones de los periódicos porque la literatura no daba para vivir. Su

1. Azorín, «Desde Barcelona. Prat de la Riba», *ABC*, 15 de abril de 1906, p. 7.

2. Los otros tres escaños fueron para Alejandro Lerroux, Francisco Pi y Margall y Pedro G. Maristany: «Las elecciones en Barcelona», *La Vanguardia*, 24 de mayo de 1901, p. 6. Los dos partidos del turno, liberal y conservador, quedarán excluidos en adelante del sistema de la política catalana.

3. En carta a Eugenio d'Ors, 23 de marzo de 1904. D'Ors, por su parte, definía Madrid como una ciudad en la que los más ricos palacios tenían «cara de cuarteles o de oficinas recaudadoras de cédulas personales», en carta a Antoni Rubió, citadas ambas por Vicente Cacho Viu, *Revisión de Eugenio d'Ors*, pp. 151-152.

motivo era la protesta y la denuncia, pero su capacidad para despertar energías, organizarlas y dirigir las hacia el logro de concretas y bien definidas metas políticas era nula. Y si el Ateneu de Barcelona fue lugar de encuentro de profesionales organizados y dotados de un proyecto político con capacidad de movilizar voluntades dirigidas a un fin, el Ateneo de Madrid, desdeñado por Menéndez Pelayo como lugar al que sólo iba «gente que no se lava los pies», se caracterizó en el cambio de siglo por la agitación y debate que acababan por disolverse de la misma manera que se diluirán al cabo de unos meses, un año o año y pico todo lo más, los propósitos de las revistas que anuncian en sus títulos una vida nueva, un germinal, o lanzan llamadas a una «juventud, juventud, ráfagas de vida impulsan tu corazón y tu pensamiento» (138); o como se canalizarán hacia las páginas de *ABC* las inquietudes de José Martínez Ruiz, Pío Baroja o Ramiro de Maeztu, que en enero de 1901, con motivo del tumultuoso estreno de *Electra*, dejaron pasar la ocasión de impulsar un manifiesto colectivo, contentándose con escribir «cada cual un artículo sobre el drama».¹ Ese «cada cual» lo dice todo, aunque como efímero grupo de «Los Tres» lanzaron, según recuerda Ramón Gómez de la Serna, varias circulares entre la que había «una más extensa que las demás y en cuyo pliego de papel de barba [...] se ve la letra de cada uno de ellos, cuándo es Azorín el que la traza, cuándo Baroja, cuándo Maeztu»: es aquella en la que se presentan «deseosos de cooperar a la generación de un nuevo estado social en España» (146), de la que poco más se supo, como tampoco irían muy lejos sus gestiones ante Nicolás Salmerón a favor de un «periodista carlista de Málaga que había sido preso por el gobernador, que era entonces don Cristino Martos (hijo)».²

Por eso, sólo han llegado hasta nosotros, de la primera década del siglo, huellas de intervenciones colectivas de intelectuales en torno a cuestiones francamente menores: mostrar a la opinión pública, en febrero de 1905, por medio de un breve escrito, que no compartían el entusiasmo de parte de la prensa por el homenaje a Echegaray porque sus «ideales artísticos eran otros y nuestras admiraciones muy distintas» (149); alzarse en junio del mismo año, «desdeñosos de la política y de sus medros», como «jueces de este linaje de ambición», o sea, de los políticos, por el nombramiento de un deudo –un yerno, en realidad– de Eugenio Montero Ríos para algún cargo ministerial (150); convocar al público para que asistiera a una conferencia en la que Unamuno habría de discurrir contra el militarismo poco después del asalto por una pandilla de oficiales a las instalaciones del semanario satírico *Cuc-Cut!* en Barcelona (151); y, en fin, pedir muy respetuosamente a Alejandro Pidal que dejara paso libre a la elección de Marcelino Menéndez Pelayo para la presidencia de

1. «Nosotros, los periodistas, fuimos a la redacción de *El País*, y escribimos cada cual un artículo sobre el drama. El mío apareció el primero como de fondo», recordará Baroja en *Final del siglo XIX y principios del XX*, Madrid, Editorial Caro Raggio, 1982, p. 233. Su artículo y el de Maeztu: *El País*, 31 de enero de 1901.

2. Ramón Gómez de la Serna (1957), pp. 127-129. Sobre la gestión, Pío Baroja, *Final del siglo XIX*, p. 275. Como es bien conocido, Baroja se encontró con Martínez Ruiz a raíz de la publicación de *Vidas sombrías*, en junio de 1900, mucho después de los juicios de Montjuic, del *affaire Dreyfus* y del Desastre.

la Real Academia Española (152). Salvo error u omisión eso es todo lo que, de escritos firmados por intelectuales, se puede encontrar en la prensa madrileña durante la primera década del siglo.

En el ruego a Alejandro Pidal para que retirara su candidatura aparecen por vez primera, junto a firmas de publicistas ya consagrados, las de algunos jóvenes nacidos en torno a 1880, que por entonces comenzaban a darse a conocer o que eran todavía unos perfectos desconocidos a los que la notoriedad llegará años más tarde. Su nómina indica, en todo caso, que las divisorias derecha/izquierda o Madrid/Barcelona aún estaban muy lejos de escindir el campo intelectual. A favor de Menéndez Pelayo igual firmaba Mariano de Cavia que Luis Bello, Pío Baroja que Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba que Manuel Azaña. Y no es una rareza, sino mera consecuencia de las relaciones que Menéndez Pelayo había anudado con escritores catalanes, que no falte en esta ocasión un mensaje desde Cataluña rindiendo homenaje de cordial simpatía al «molt egregi senyor» don Marcel·lí (153). Es probable, en fin, que un escrito encabezado por tan gozosa pareja como fue la formada por doña Emilia Pardo Bazán y don Benito Pérez Galdós, con tantos abajo firmantes de tan diversas edades y procedencias, sólo haya podido cocerse en la cocina del Ateneo de Madrid, de donde casi todos ellos eran socios y donde discurrían sus ratos de ocio entre primeras lecturas y encendidos debates.

ALIADÓFILOS CONTRA GERMANÓFILOS

Fue también en el Ateneo donde se trabaron las relaciones que llevarían en julio de 1910 a un grupo de jóvenes a lanzar desde la redacción de *El Liberal* un manifiesto titulado «Joven España» (155). Un año exacto se había cumplido desde la Semana Trágica, punto en el que las masas, según observó Ramiro de Maeztu, habían comenzado una revolución sin dirección ni guía de las minorías intelectuales. Desde entonces, nunca fue lo mismo el funcionamiento de la política: la represión desencadenada en Barcelona, con su culminación en el fusilamiento del pedagogo Francisco Ferrer y la consiguiente campaña del ¡Maura, no!, acabó con el automatismo del turno y, por lo que a los intelectuales se refiere, aceleró entre los nacidos en torno a 1880, jóvenes o todavía adolescentes cuando el Desastre, la toma de conciencia de formar lo que Manuel Azaña denominó en su discurso de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, la «nueva generación», con la intención de marcar distancia con «la juventud» que les había precedido y que pisaba ahora el umbral de la madurez.

Momentos de esa toma de conciencia fueron el agrio debate desencadenado con motivo del desprecio mostrado por Azorín a aquella «Colección de farsantes» que habían protestado por los fusilamientos de Barcelona, en la que incluía a Ernst Haeckel, Anatole France y Maurice Maeterlinck, «tres nombres que componen el estado mayor de la cultura europea», como le respondió Ortega y Gasset, ya desde su primera juventud líder de la nueva generación; y la irrupción de Unamuno en la disputa tildando a Ortega, aunque sin mentarlo por su nombre, de papanatas por mirar hacia Europa, clamando a renglón seguido su castigo y la-

mentable «que inventen ellos».¹ La crítica a quienes en torno a 1910 aparecían ya como «juventud del 98» ocupó luego buena parte del debate intelectual, con Ortega acusándolos de haber prendido fuego a la casa paterna y haber corrido despavoridos a campo través cuando vieron que de la casa sólo quedaban las cenizas; y Azaña, echándoles en cara su egolatría y su exhibicionismo, alimentados por el virus pernicioso del desengaño; iconoclastas que pulverizan las viejas imágenes y se apresuran a ocupar ellos las hornacinas vacías.

Emerge, pues, a la esfera pública hacia 1910, una generación, que aun llamándose a sí misma nueva, es en realidad la primera que une la conciencia de formar una minoría –egregia, como le gustaba decir a Ortega– con la vocación de intervenir en política, que es lo propio de las generaciones de intelectuales. A ella pertenecían los integrantes del comité central ejecutivo de «Joven España» que, movidos por la triste certidumbre de que el ambiente espiritual de España no permitía «el entero desenvolvimiento de la personalidad humana», lograron en aquel verano de 1910 muchas adhesiones, organizaron algunas giras de propaganda, pronunciaron conferencias y... al caer el otoño, ya comenzaron a dar síntomas de agotamiento. Algunas disensiones y disputas entre varios miembros del comité, la liga o lo que aquello fuera, terminaron por consumir las últimas energías y «Joven España» murió sin dejar más rastro de su existencia que un manifiesto que a Anselmo Lorenzo, aun apreciando su novedad, le pareció de prosa grandilocuente: se quedó corto.

De «luz y esperanza de España» calificará en marzo de 1913 *El Liberal* a los eminentes profesores que suscribieron una exposición y súplica entregada al ministro de Instrucción, conde de Romanones, sobre el derecho a la libertad de cátedra, privilegio del que gozaban los profesores universitarios, pero del que carecían los maestros de enseñanza primaria, obligados a impartir a sus alumnos la enseñanza de la religión católica (156). Exposición y súplica, según el estilo más burocrático propio de los escritos elevados a la autoridad competente, pero que bien puede formar parte de esta colección porque en ella es notoria por vez primera la presencia de mujeres, que comenzaron a hacerse visibles en la esfera pública en actividades pedagógicas, de radiante futuro; y porque no hay quizá ningún otro papel en el que se combinen como en éste los nombres de profesores de todos los niveles de enseñanza, desde la escuela primaria a la Universidad pasando por los institutos y las escuelas normales, en una «simbiosis similar a la producida en Francia con el *affaire Dreyfus*».²

Será en el otoño de ese mismo año de 1913 cuando se produzca la primera manifestación pública de lo que Azaña había llamado «nueva generación» y que Ortega, cuando aún estaba lejos de pensar que el intelectual, para serlo, no puede «sostenerse

1. Azorín, «Colección de farsantes», *ABC*, 12 de septiembre, p. 13; Ortega, «Fuera de la discreción», *El Imparcial*, 13 de septiembre; carta de Unamuno a Azorín: «De Unamuno», *ABC*, 15 de septiembre, p. 10; Ortega, «Unamuno y Europa, fábula», *El Imparcial*, 27 de septiembre, todos de 1909.

2. Como ha señalado María del Mar del Pozo Andrés, «A la búsqueda de una identidad para la escuela pública (1898-1936)», en Julio de la Cueva y Feliciano Montero, eds., *La secularización conflictiva. España, 1898-1931*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 228.

en el piélago proceloso de la colectividad»,¹ presentará como «unos cuantos españoles» decididos a emprender una serie de trabajos sobre la realidad de la vida patria y a proponer soluciones eficaces para «los problemas añejos de nuestra historia». Es la publicación del *Prospecto de la Liga de Educación Política Española* (158); prospecto lo llaman, y no manifiesto, porque no va «destinado al gran público», y quienes lo firman temen que el nombre y menester de los agrupados pueda atraerles «el apelativo pernicioso de intelectuales»; pero intelectuales son, aunque sólo fuera por el hecho de firmar el prospecto, que es en realidad un manifiesto en el que se define la misión de una minoría encargada de la educación política de la masa, se somete a dura crítica al sistema político vigente y a cada uno de los partidos que lo sostienen y, como no son ya literatos quienes lo firman, sino profesionales, se emite un llamamiento, no al gran público, sino a los españoles que por dedicarse al trabajo científico y literario, a la industria, a la técnica administrativa y comercial, están más obligados a cultivar una idea serena y grave de los problemas nacionales.

Salvadas todas las distancias, en el Ateneo de Madrid había ocurrido en febrero de 1913 algo similar a lo que casi veinte años antes sucedió en el Ateneu de Barcelona. Como resultado de las elecciones a la junta directiva, celebradas ese mes, Manuel Azaña se había hecho cargo de su secretaría primera, Ramón Pérez de Ayala ocupó el puesto de bibliotecario, y Rafael Sánchez Ocaña y Juan Donoso Cortés los de secretarios segundo y tercero. Luego, José Ortega, Antonio Dubois, Salvador de Madariaga, Enrique Díez Canedo, Pedro Salinas, Mateo Carreras, Antonio Ballesteros, Elías Tormo, Juan Lafora, Miguel Salvador y Honorato de Castro, todos nacidos en la década de 1880, año arriba, año abajo, ocuparon las presidencias y secretarías de las secciones de Filosofía, Ciencias Morales y Políticas, de Literatura, de Música y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Ciencias Históricas y de Bellas Artes. El Ateneo, dirá Azaña en su primera rendición de cuentas como secretario, «está en auge, creciente el número de socios, en alza los ingresos, rebosante de lectores la Biblioteca, intensos y acalorados los debates, muy copioso el raudal de conferencias». En todo veía el secretario, «un vigor y un empuje nuevos», introducidos por aquellos hombres que habrían de construir el Ateneo del porvenir, al mismo tiempo que rehacían la fisonomía cultural de España.²

A este anuncio de plenitud cultural se añadió de inmediato una vocación de intervención política: nacidos en una España recogida sobre sí misma, llegados a la juventud escuchando por doquier el llanto sobre la muerte de la nación, y doliéndoles a ellos mismos España como al que más de sus mayores –a Unamuno, por ejemplo–, un buen plantel de jóvenes universitarios habían dirigido sus pasos al extranjero y regresaron impregnados de un espíritu de misión, como romeros del ideal, según los verá Fernando de los Ríos cuando rememore en el exilio la impresión que,

1. Así lo pensaba en 1939, cuando escribió «El intelectual y el Otro», *Obras Completas*, Tomo V, p. 623.

2. Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, *Lista de Señores Socios, Marzo de 1914*, Madrid, Impr. de la Sucursal de M. Minuesa de los Ríos, 1914, pp. 3-13. Manuel Azaña, «Memoria leída en la Junta general del Ateneo de Madrid», 11 de noviembre de 1913, en *Obras Completas* (2007), vol. 1, p. 210.

apenas rebasados sus veinte años, le había causado la «enorme derrota» de 1898.¹ Algo era preciso hacer para colmar el abismo abierto entre España y aquellas naciones en las que tuvieron oportunidad de ampliar sus conocimientos. Debían, ante todo, mostrar su competencia en el ejercicio de sus respectivas profesiones y, luego, participar en las iniciativas de pedagogía social que ateneos, clubs, casas del pueblo, escuelas nuevas, pusieron en marcha hacia 1910 para elevar el nivel educativo de tantas gentes a las que sus predecesores de la intelectualidad de fin de siglo habían contemplado, y despreciado, como masas amorfas e inertes, necesitadas de látigo, y a las que ellos veían como una nueva clase obrera, amenazante desde los extrarradios, pero que buscaba elevar su nivel de vida y de cultura en todos los órdenes y que portaba un proyecto de organización social: el socialismo.

Esas experiencias comunes forjaron entre la gente nueva una idea de Europa como un compendio de todo lo que, por su ausencia, había sido causa de la decadencia y del desastre de España: ciencia y moral de Alemania, libertad y democracia de Francia, educación y *self-government* de Inglaterra. Fruto de esta síntesis, la trayectoria política de la nueva generación los llevó desde un primer acercamiento al radicalismo de Alejandro Lerroux hasta la incorporación al reformismo de Melquíades Álvarez, no por azar asturiano, pasando por la consideración y el respeto algo rituales al socialismo de Pablo Iglesias, que había llegado a Madrid desde Ferrrol. Como resumen de este discurrir, constituyó un auténtico acontecimiento el banquete ofrecido a Álvarez en el hotel Palace, el 23 de octubre de 1913, con asistencia de una «enorme legión de jóvenes y de gente moderna».² Pocos días antes había comenzado a circular el *Prospecto de la Liga de Educación Política Española*, que añadía a la demoledora crítica de los partidos del turno, liberal y conservador, una especie de bienvenida a un «partido nuevo, llamado reformismo [...] leva general a que han de acudir las fuerzas hasta ahora no ensayadas, conservando en la nueva unión cada cual su fisonomía». Los nueve firmantes veían en aquel partido, por la pluma de Ortega, «la única salida que hoy se abre a quienes pretendan hacer usos nuevos dentro del régimen político».³

Nueva la generación, nuevo el partido, nuevos los usos dentro del régimen, nueva la unión: todo sonaba otra vez a nuevo en la iniciativa de fundar esta liga de educación política que rápidamente recibirá la adhesión fervorosa de una pléyade de gentes nuevas, de Madrid, desde luego, pero también de gran número de provincias: es impresionante la lista de socios que aparecerá en la presentación oficial de la Liga, cuando José Ortega pronuncie ante una fervorosa multitud congregada el 23 de marzo de 1914 en el Teatro de la Comedia de Madrid, a un tiro de

1. Fernando de los Ríos, «El renacimiento intelectual español en 1900» [México, diciembre de 1928], *Obras completas*, ed. de Teresa Rodríguez de Lecea, Madrid, Fundación Caja Madrid y Anthropos, 1997, vol. III, p. 278.

2. La cita de Melquíades Álvarez, en *Diario de Sesiones de las Cortes*, 3 de junio de 1913, p. 6290. Para las relaciones de los intelectuales con el Partido Reformista, Manuel Suárez Cortina, *El reformismo en España*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

3. Algunos fragmentos de este Prospecto, con la referencia al reformismo, suprimida en la edición de la conferencia «Vieja y nueva política», aparecieron en «Liga de Educación Política Española», *El Socialista*, 19 de octubre de 1913.

piedra del Ateneo y del Congreso de los Diputados, su iniciático discurso, que bajo el título «Vieja y nueva política», servirá como acta de nacimiento de una generación que, tiempo adelante, recibirá el número 14 como seña de identidad, pero que, de momento, mientras el año 14 transcurría en una incierta paz, se entendía a sí misma, ahora de forma masiva, como «la nueva generación».¹

De los resultados de la conferencia el más duradero fue la creación de un semanario, *España*, «nacido del enojo y la esperanza, pareja española», como escribió el mismo Ortega en el saludo-manifiesto dirigido al lector (165). Enojados andaban aquellos intelectuales por el estado de la política, y esperanzados por su convicción de que en sus aguas estancadas había irrumpido una nueva fuerza, de la que ellos mismos eran la mejor expresión, con capacidad para reformar y europeizar a España dotándose de un instrumento para la educación de las masas e incorporándose por arriba al único partido no contaminado con los manejos del turno, el reformista. Y así estaban las cosas cuando se declaró el estado de guerra entre Austria, Hungría y Serbia, a la que enseguida se añadió una nueva declaración de guerra entre Alemania, de un lado, y Rusia, Francia y Reino Unido de otro, a todo lo cual siguió muy pronto el manifiesto «Al mundo civilizado» firmado «por prácticamente todos los académicos y científicos alemanes de importancia, con la única excepción notoria de Albert Einstein», según comentario de Peter Novick, que lo considera como «el primer ejemplo escandaloso de cooperación de los académicos en la propaganda en tiempos de guerra».² Y será el caso que esas dos guerras así declaradas se convertirán enseguida en la Gran Guerra, que para los efectos de los intelectuales españoles, supondrá en España, ahora sí –y como José-Carlos Mainer vio perfectamente hace muchos años– algo similar al *affaire* Dreyfus en Francia en lo que se refiere a la escisión izquierda/derecha:³ había que pronunciarse, que tomar partido por alguno de los contendientes, y por lo mismo, había que enfrentarse a quienes dentro de España expresaban su opción por el contrario.

En los primeros pasos, sin embargo, la definición como guerra civil de «la terrible guerra que hoy desgarrar el cuerpo de nuestra Europa», añadida a la «creencia irreductible en la unidad moral de Europa» (163), y la consiguiente propuesta de trabajar por una síntesis superior de la que ninguno de los combatientes quedara excluido expresaban un desconcierto que no sólo afectaba al grupo de los Amigos encabezado por Eugenio d'Ors, sino que a su manera mostraba también la dificultad de optar por uno u otro bando de quienes, debiendo mucho a la cultura francesa, habían ampliado estudios en Alemania, como Ortega, por ejemplo. Recibido aquel manifiesto con «du-

1. «La conferencia de Ortega y Gasset. Vieja y nueva política», *El Imparcial*, 24 de marzo de 1914.

2. Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997, vol. 1, p. 143.

3. «Si el caso Dreyfus fue la prueba de fuego para los mandarines franceses de la inteligencia en la III República, la guerra europea fue el catalizador de las voluntades, inquinas y apasionamientos de los escritores españoles», escribió José-Carlos Mainer en «Una frustración histórica: la aliadofilia de los intelectuales», *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*, Madrid, Edicusa, 1972, p. 150.

ras críticas desde el campo aliadófilo y una fría acogida entre los germanófilos»,¹ un numeroso grupo de catalanes, que se presentaron «com ciutadans de la República universal de l'Esperit, i així mateix com fills de Catalunya», fue el primero en manifestar que en esta guerra los supremos intereses de la justicia y de la humanidad exigían la victoria de los Aliados (167). En Madrid, sin embargo, habrá de cumplirse con creces el primer aniversario del retumbar de los cañones para que, después de algunas idas y venidas, se aprueben en los círculos del Ateneo y se publiquen en *España* las «Palabras de algunos españoles», circunspecto título para la versión de un manifiesto escrito en última instancia por Ramón Pérez de Ayala y que no fue mucho más allá de una primera muestra de solidaridad con «la causa de los aliados, en cuanto representa los ideales de la justicia coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación» (170). La demora en la toma de posición y lo templado del escrito pudieron deberse a que Ortega, fundador y, durante esos meses, director de *España*, y todos los liberales españoles desde la época de Sanz del Río, «eran hijos de Alemania, por la filosofía, las ciencias jurídicas, la pedagogía, la historia, la lingüística, los métodos experimentales, la medicina», explicación ofrecida por Rafael Altamira a los franceses para que entendieran por qué una gran parte de españoles, ante el estallido de la guerra, no habían sabido a qué carta quedarse y habían permanecido en silencio, dando la impresión de ser todos germanófilos, sin serlo en el sentido que de inmediato adquirió ese concepto.²

Sólo un año después de declarada la guerra, cuando comiencen a publicarse manifiestos de una beligerante germanofilia, especialmente el escrito por Jacinto Benavente (173) que servirá como prólogo a una espectacular recogida de miles de firmas procedentes de todos los rincones y de todos los oficios, con especial presencia de abogados, sacerdotes y empleados del Estado, sentirán los aliadófilos el acicate suficiente para salir de su relativa parálisis.³ La visita en mayo de 1916 de un grupo de intelectuales franceses a España –Pierre Imbart de la Tour, Charles-Marie Widor, Edmond Perrier, con la estelar compañía de Henri Bergson–, la calurosa recepción de que fueron objeto y la devolución de la visita por un grupo de intelectuales españoles –Ramón Menéndez Pidal, Rafael Altamira, Jacinto Octavio Picón, José Gómez Ocaña, Odón de Buen, Adolfo Gil y Morte, Américo Castro y Manuel Azaña– que viajaron en octubre a los frentes de guerra franceses, fueron momentos clave para transformar la templada aliadofilia del primer año de guerra en la anti-germanofilia militante del tercero.

Pues a medida que avanza el año de 1916 y la devastación de ciudades cargadas de historia y la muerte de decenas de miles de jóvenes en batallas sin sentido alcanzan magnitudes inconcebibles un año antes, los intelectuales españoles mirarán más

1. Como escribe Maximiliano Fuentes Codera (2013) p. 35. Para lo que sigue puede verse en el mismo dossier, pp. 121-144, Santos Juliá, «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos».

2. Rafael Altamira, «L'opinion espagnole et la Guerre», *Revue Internationale de l'Enseignement*, Tomo LXX, 1916, pp. 6-9.

3. *Amistad hispano germana*, Barcelona, Tipografía La Academia Serra Hnos. y Russell, 1916, con todos los firmantes por orden alfabético de municipios.

hacia el interior que al exterior, como si la germanofilia y la aliadofilia constituyeran la última manifestación de una secular guerra civil entablada en España desde los tiempos de la invasión francesa, la revolución liberal y la reacción absolutista. De «nuestra guerra civil» escribieron Baroja, por el lado germanófilo, y Unamuno, por el aliadófilo; pero también recurrieron al tópico en alguna ocasión los miembros de la nueva generación, Manuel Azaña, al presentar a Whitney Warren en el Ateneo, y Luis Araquistain –que sucedió a Ortega en la dirección de *España*– al afirmar que los verdaderos enemigos, «las hordas de alma teutónica», estaban dentro de casa.¹

La creación de una Liga Antigermanófila, con el manifiesto que recogió cientos de firmas procedentes de todas las profesiones y de todos los rincones (183), sirvió de prólogo a una modalidad de intervención de intelectuales en política desconocida hasta el momento, pues fue de la redacción de *España* de donde partió la iniciativa de organizar uno de aquellos mítines llamados monstruo que sólo personajes muy destacados de la vida política o líderes de organizaciones obreras se atrevían a convocar. La antigermanofilia, tal como la sentían desde *España* y desde el Ateneo –personalizando, Araquistain y Azaña en la calle del Prado, números 11 y 21– podía servir de cimiento para la refundación de la conjunción republicano-socialista con una convocatoria a la totalidad de las izquierdas. Y así ocurrió, con gran éxito. Dos semanas después del mitin del líder conservador Antonio Maura, que había reunido en la plaza de toros de Madrid a una multitud de derechas más entusiasta al entrar que convencida al salir, pues Maura no se bajó de su neutralismo, en la misma plaza, otra multitud, ahora de izquierdas, con el entusiasmo en ascenso a medida que transcurría el acto, llenaba a rebosar las gradas para oír a personajes principales del republicanismo, el socialismo y el reformismo, ante la complacida mirada de los miembros de la redacción de *España* y de la junta directiva del Ateneo que ocupaban sus asiento en el palco presidencial. Era la unión de las izquierdas impulsada por intelectuales, una unión que no habría de pasar la prueba de los hechos: la huelga general revolucionaria de agosto de ese mismo año, o más bien, los resultados políticos de esa huelga, iniciaron un largo periodo en el que la conjunción de las izquierdas quedó sólo como recuerdo del pasado y aspiración lejana de futuro.

La Gran Guerra no levantó únicamente esta «guerra civil de palabras» entre aliadófilos o, mejor, francófilos (porque de Rusia nadie se acordaba, e Inglaterra, no invadida, contaba poco en el conjunto de los sentimientos aliadófilos), y germanófilos, o entre izquierdas y derechas, sino que contempló también, de un lado la aparición de «escritores católicos» como firmantes de manifiestos, dolidos por el destino de Bélgica y la destrucción de catedrales (177), y, de otro, el despertar o el auge, según los casos, de manifestaciones regionalistas y nacionalistas. De 1915 es *El Ideal Andaluz*, de Blas Infante, y del año siguiente el manifiesto *Per Catalunya i l'Espanya Gran*, escrito por Prat de la Riba y firmado por todos los senadores y diputados de la Lliga Regionalista. Y poco después, el fin de la guerra pareció alumbrar la hora de los regionalismos políticos como fuerzas decisivas para la reorganización o reforma del Estado español: *Unió i la Joventut* valencianistas defendieron

1. [Luis Araquistain], «Las dos Españas en guerra. Hacia la batalla decisiva», *España*, 5 de diciembre de 1918.

unas bases en las que afirmaban que el Pueblo Valenciano poseía una fuerte personalidad caracterizada por la posesión de una lengua propia, por su modalidad racial, por la comunidad de historia y de condiciones económicas¹ y la Mancomunitat de Cataluña aprobó, por su parte, unas *Bases para la Autonomía Catalana*, a las que respondieron las diputaciones castellanas con un *Mensaje de Castilla*, enviado al Gobierno. En este marco, tuvo lugar «a primeira afirmación colectiva explícita da Galicia-nación»,² en Lugo, en el manifiesto aprobado por la Asamblea de delegados de las «Irmandades da Fala», allí reunida en noviembre de 1918. Galicia es ahora nación, como lo era Cataluña desde hacía veinte años, en un Estado formado por diversas naciones (187). En el País Vasco, mientras tanto, Jesús de Sarriá lanzaba la revista *Hermes*, financiada por el empresario Ramón de la Sota, que reivindicaba desde su primer número la parte que los vascos habían tenido en la historia de España y reunía entre redactores y colaboradores a un buen plantel de intelectuales, Eugenio d'Ors muy asiduamente, con sus amigos de la Escuela Romana de los Pirineos, grupo de poetas y escritores entre los que destacaron Ramón de Basterra, Pedro de Eguillor, Pedro Murlane Michelena y Rafael Sánchez Mazas (181).

Mientras tanto, en el Ateneo de Madrid, la euforia de los años 13 y 14, con su cima en la movilización antigermanófila de 1916 y 1917, dejó paso a un decaimiento general de los ánimos tras la evidencia de que los resultados del triunfo de los Aliados eran nulos para la reforma interior de España y para una más estrecha vinculación a Europa. Ortega emigró del Ateneo a la Residencia, o sea del Madrid político, en torno a la plaza de las Cortes, al Madrid más bien institucionista de los altos del Hipódromo y, aunque todavía se lanzará desde la calle del Prado, 11, esto es, desde el semanario *España*, una llamada para la creación de una sección española de la Liga por la Sociedad de Naciones (184), el proyecto de crear una plataforma intelectual que influyera en la política a través del Partido Reformista, que nunca había llegado al estado sólido, acabó por diluirse en el aire. «En estos tristes años de desconcierto por que nuestro país atraviesa –escribía el 9 de febrero de 1919 un grupo de ateneístas a Fernando de los Ríos para expresarle su solidaridad y simpatía ante la persecución de que era objeto–, lo menos que podemos hacer los conscientemente protestantes de lo actual, que tenemos fe ciega en la solución francamente izquierdista para nuestro pueblo, es decir en todo momento a quien como Vd. lucha cotidiana y serenamente por nuestros ideales que no está solo.» No lo estaba, en efecto, don Fernando que recibió un cálido homenaje en el Ateneo, pero quienes así se expresaban, «hombres de uno y otro partido pero unánimes en el propósito de un extremo liberalismo»,³ poco podían hacer para transformar una expresión de compañerismo en un acicate para la acción: la

1. «Declaración valencianista», *La Correspondencia de Valencia*, 14 de noviembre de 1918, recogida en Miguel Artola, *Partidos y programas políticos, 1808-1936*, vol. II. *Manifiestos y programas políticos*, Madrid, Alianza, 1991, p. 237.

2. Como la define Justo Beramendi, *De provincia a nación. Historia do galeguismo político*, Vigo, Edicions Xerais de Galicia, 2007, p. 427.

3. Entre otros socios del Ateneo, firmaron esta carta Camilo Barcia, Américo Castro, Manuel Núñez Arenas, Julio Álvarez del Vayo, Rafael Sánchez Ocaña, Pablo de Azcárate, Manuel Azaña y Enrique Mesa: «Desagravio a un hombre libre», *España*, 13 de febrero de 1919, pp. 4-5.

hora de las ligas parecía haber llegado a su fin. El deterioro del sistema político de la Restauración arrastrará también en su ruina al Partido Reformista en medio de la indiferencia general de las clases profesionales.

Índice

Del desastre a la crisis: un siglo y algo más de manifestos	
de intelectuales	7
Regeneradores y constructores de nación	10
Aliadófilos contra germanófilos	17
De espaldas a la política y de frente al dictador	25
Exterminadores de la Antipatria	31
De la Tercera España	36
Antifascistas y patriotas	42
Peregrinos y exiliados	55
Hijos de vencedores y vencidos	65
La lucha firmada	74
Demócratas antes de la democracia	82
En transición	92
Desde foros y plataformas	104
Por la lengua. Frente al terror. Contra la guerra	110
Entre ciudadanos	119
Bibliografía	126

I DEL FIN DE SIGLO A LA CAÍDA DEL TRONO (1896-1931)

Carta de Miguel de Unamuno a Antonio Cánovas del Castillo	133
Al poble català	134
¿Adónde vamos?	135
<i>Vida Nueva</i> . Periódico independiente	136
Al Poble Català	136
A la Juventud intelectual	138
Manifiesto al país	139
Al Excmo. Sr. Presidente del Congreso de los Diputados	140
Liga de Unión Nacional	144
Circular	146
Protesta y excitación al país	148
Ante el homenaje nacional a José Echegaray	149
Protesta. El país y los políticos	150
La conferencia de Unamuno	151
Una carta a Pidal. La presidencia de la Academia	152
Un mensaje de Cataluña	153
Proclama futurista a los españoles	154
La «Joven España». Manifiesto	155

Exposición y súplica al Ministro de Instrucción Pública	156
Prospecto de la Liga de Educación Política Española	158
Por la unidad moral de Europa	163
<i>España</i> saluda al lector y dice:	165
La Guerra Europea. Manifest dels catalans	167
Comité de Amigos de la Unidad Moral de Europa	169
La Guerra Europea. Palabras de algunos españoles	170
Un manifiesto de católicos	171
Manifiesto germanófilo	172
Amistad Hispano Germana	173
Mensaje de los católicos españoles a Bélgica	177
Comité de Amigos de Germania	180
Palabras preliminares	181
Liga Antigermanófila. Manifiesto a los españoles.	183
Llamamiento de Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres	184
AO POBO GALEGO. Manifiesto da Asambleia Nazionalista de Lugo	187
ULTRA	191
Llamamiento de la Liga Española para la Defensa de los Derechos del Hombre. . .	192
Una cena a Valle-Inclán	193
Propósitos	195
Carta al presidente del Directorio Militar en defensa de la lengua catalana	196
Mensaje de agradecimiento de intelectuales de Cataluña	197
Lletra de gratitud dels escriptors de Catalunya.	199
Una protesta contra la dictadura	201
Salón de Artista Ibéricos. Manifiesto	203
Manifiesto al país	204
Protesta de la Junta del Ateneo por la deportación de Luis Jiménez de Asúa.	207
Protesta contra los confinamientos	208
Respuesta de los intelectuales	209
Los discípulos de Marañón a Primo de Rivera	213
Post-Guerra.	214
Manifest Groc	215
Los catedráticos de Salamanca se dirigen al Gobierno	218
Moción de catedráticos a la Asamblea Nacional	219
Catedráticos ante el conflicto universitario	220
Declaración de catedráticos de doctorado	223
A los hombres «nuevos» de España	223
Declaración de catedráticos	226
Homenaje a la intelectualidad castellana	227
Mensaje del Ateneo Barcelonés a los intelectuales castellanos	228
Un manifiesto a la juventud española	229
Agrupación al Servicio de la República	231
A los lectores	233

II

EN LA REPÚBLICA, LA GUERRA Y LA REVOLUCIÓN

(1931-1939)

Manifiesto dirigido a la opinión pública y a los poderes oficiales	239
Agrupación al Servicio de la República	240

Ciudadanos, buenos hijos de España:	241
Acción Española	242
ADLAN	245
Frente Español	245
Sociedad de Artistas Ibéricos	248
Manifiesto de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética	250
Presentación	252
Declaración de principios	253
Llamamiento de la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios	254
Contra el fascismo alemán.	256
Reapertura de Acción Española.	257
Mensaje de intelectuales católicos españoles a los católicos alemanes.	259
Manifiesto de la Agrupación Menéndez Pelayo	260
A la opinión pública	262
Editorial	263
Editorial	265
La muerte del periodista Sirval	266
Los Escritores y el Pueblo	267
Apoyo moral al pueblo de Etiopía	268
Manifest. Als intellectuals, artistes, escriptors, tècnics. A tots els amics de la cultura	269
Protesta en favor del poeta Miguel Hernández.	271
Manifiesto de la Unión Universal por la Paz.	272
Los intelectuales, con el Bloque Popular	273
Missatge als mallorquins	274
Resposta als Catalans	275
Adhesión al Gobierno del Frente Popular	277
Manifiesto de la Alianza de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura	278
Adhesión al Gobierno de la República.	279
Un manifiesto para la Defensa de la Cultura	279
Adhesión de la Alianza de Intelectuales Antifascistas de Valencia al Gobierno y a la República	280
Defensa de la cultura	281
Mensaje de la Universidad de Salamanca a las universidades y academias del mundo acerca de la guerra civil española	282
Los intelectuales españoles protestan ante el mundo contra la barbarie fascista	283
Manifiesto de los intelectuales catalanes	283
Declaración de los intelectuales evacuados de Madrid	286
A los intelectuales antifascistas del mundo entero	287
Testimonio de gratitud al pueblo en armas de los sabios y artistas trasladados a Valencia por el 5.º Regimiento	288
Llamamiento a los intelectuales del Mundo, de los hombres de Ciencia y artistas de la Casa de Cultura de Valencia.	290
Un llamamiento español a los católicos del mundo entero	291
Mensaje de la misión de universitarios catalanes como testimonio de solidaridad y adhesión al pueblo de Madrid	292
A la conciencia del mundo.	293
Manifiesto de los intelectuales madrileños, condenando unas declaraciones del Dr. Marañón	294
En el 5.º Aniversario	294
Asociación de Amigos de la Unión Soviética. A todos los españoles antifascistas	295
Un llamamiento español	297

Protesta por el bombardeo de Almería.	299
Ante las incalificables agresiones alemanas e italianas	300
Ponencia colectiva	301
Ayuda al Gobierno legítimo	307
Por una editorial para la educación de la juventud	309
Manifiesto de la Alianza de Intelectuales	310
Als intellectuals de Catalunya	311
Los intelectuales de España, por la victoria total del pueblo.	314
En defensa de la cultura contra las hordas del fascismo internacional	315
Denuncia de los bombardeos sobre la Universidad de Barcelona	316
Apelación a la conciencia de todos los seres civilizados	317
Declaración colectiva	318

III

LARGA POSGUERRA, EXILIO SIN FIN

(1939-1961)

Empeño de unidad.	323
Presentació	323
España Peregrina.	326
Manifiesto editorial.	329
Protesta contra el decreto sobre Universidades.	331
Propòsit.	333
Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero.	
Declaración de La Habana	334
Carta abierta al cardenal Spellman	336
Mensaje a don Juan de Borbón	340
Cable a Winston Churchill	341
A los intelectuales españoles residentes en Francia.	341
Carta a Don Juan de Borbón	343
Por la restauración total de la República	343
Llamamiento.	344
Memorándum de la Unión de Intelectuales Libres	347
Mensaje a la ONU.	348
Editorial	349
A la Unión de Intelectuales Libres, de España	351
La U. I. L. desde España se dirige a las Naciones Unidas	352
Dos llamamientos de la U.I.E. a los intelectuales del Mundo	353
Los intelectuales antifranquistas españoles exiliados en México	
a sus compañeros que luchan en España.	355
A la O. N. U.	356
Declaración de principios adoptada unánimemente por la Asamblea	
Extraordinaria de la Unión de Intelectuales Españoles	358
Moción española al Congreso de Wroclaw	359
La Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero,	
ante la hipoteca de la soberanía nacional	361
Congreso Español de la Paz. México, D. F., 2-4 de noviembre de 1951.	
Llamamiento a todos los españoles	363
Carta de Pablo Picasso contra la Bienal Hispanoamericana	365
Declaración de los pintores españoles republicanos residentes en México	367
Decálogo vagamente aproximativo de la pintura joven	368

En torno a un juicio sobre Ortega	368
Declaración de la Unión de Intelectuales Españoles en México	370
Respuesta de intelectuales españoles en la emigración a José Luis L. Aranguren	371
Asociación Española de Cooperación Europea. Manifiesto	374
Homenaje póstumo a Ortega.	376
Los universitarios madrileños a todos sus compañeros.	377
Solidaridad con los detenidos de Madrid	379
Llamamiento del 1.º de Abril.	380
Carta al ministro de Educación Nacional.	381
Carta abierta al Magnífico y Excelentísimo Rector de la Universidad de Barcelona	383
Carta de saludo y adhesión de la Unión de Intelectuales Españoles en México	385
Al Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional	386
Manifiesto de <i>Nueva República</i>	387
Frente Universitario Español. Propósito Fundamental	389
Aliança pel Redreç de Catalunya (ARC)	392
Editorial	395
Manifiesto en pro de un auténtico cine amateur.	396
Testimonio de las generaciones ajenas a la guerra civil.	398
Equipo 57. Manifiesto	408
Saludo a los Intelectuales de España	408
Carta a don Juan de Borbón	410
Manifiesto de El Paso	410
Mensaje de adhesión al Homenaje a Antonio Machado.	411
¡Tres pueblos en pie! Galicia, Euzkadi, Catalunya	413
Declaración de intelectuales españoles en el exilio	416
Carta de artistas plásticos al ministro de Justicia	417
Petición de amnistía dirigida al Ministro de Justicia.	419
A la Primera Conferencia Sudamericana pro amnistía de los presos y exiliados políticos de España y Portugal	421
Carta Universitaria. (Ante una posibilidad monárquica)	421
Escrito dirigido al presidente de la Audiencia de Barcelona	424
Carta a los Ministros de Educación Nacional y de Información y Turismo sobre el problema de la censura	426
Per la llengua catalana.	429
Carta al Ministro de Información y Turismo, solicitando la supresión de la censura.	430
Carta al Ministro de Educación Nacional, en defensa de la Universidad amenazada	432
Carta oberta als intellectuals barcelonins.	433
Document adreçat pels intellectuals al Rector de la Universitat de Barcelona	434
En solidaridad con los intelectuales de Barcelona.	436
Carta al director de <i>Serra d'Or</i>	437

IV FRENTE A LA DICTADURA (1962-1975)

Carta invitando a ejercer el derecho de petición	441
Solidaridad con la carta encabezada por Ramón Menéndez Pidal	442
Adhesión de intelectuales catalanes a la carta encabezada por Ramón Menéndez Pidal.	443

Saludo de solidaridad de intelectuales españoles residentes en México con los obreros, intelectuales y estudiantes españoles	444
Posición de los universitarios españoles emigrados ante la crisis del franquismo . . .	445
Resolución aprobada por unanimidad de los delegados españoles en el Congreso de Múnich	447
A los escritores, artistas e intelectuales cubanos	448
Por la inhibición de la jurisdicción militar. Carta al Capitán General de la IV Región Militar	448
Carta al ministro de Información	449
Respuesta de José Bergamín	452
Nuevo escrito dirigido por 188 intelectuales españoles de todas las tendencias al ministro de Información Fraga Iribarne	453
Carta de un grupo de presos políticos de Burgos	457
Carta al Ministro de Información y Turismo	462
Razón de ser	465
Cartel	467
Declaración	468
Carta a Dom Aureli M. Escarré, Abat de Montserrat	469
Junta de Catedráticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas al Rector de la Universidad de Madrid	471
Al Ministro de Información	472
Carta al Ministro de Educación	476
Adhesión a los profesores sancionados	479
Carta al Rector de la Universidad de Barcelona	480
Mensaje de intelectuales españoles a la V Asamblea Libre de Estudiantes de la Universidad de Madrid	481
Escrito contra el sobrevuelo de España por bombarderos atómicos norteamericanos, dirigido a los ministros de Asuntos Exteriores, del Ejército, del Aire y de Marina	483
Carta a Cesare Zavattini	485
Homenaje a Cataluña	485
Por la España democrática de todos los españoles: ¡Viva Cataluña!	486
<i>LAS ESPAÑAS. DIÁLOGO!, divisa nacional de liberación</i>	488
Al Vicepresidente del Gobierno	489
Declaración de un grupo de ingenieros	491
Al pueblo y a las autoridades religiosas y civiles	492
Por los derechos de la mujer española	493
En apoyo de las CC.OO.	495
Manifiesto de la generación joven	496
Escrito de la Asociación de Magistrados Españoles al Presidente del Tribunal Supremo	498
Declaración de la Comisión Cívica de Madrid ante la intensificación de la represión	504
Escrito dirigido al Ministro de la Gobernación	507
Propuestas presentadas a la Junta de gobierno en la Junta general extraordinaria del Colegio de Abogados de Madrid	508
Escrito de abogados del Colegio de Madrid al Ministro de Justicia	510
Carta al presidente del Gobierno	513
Carta a Mariano Aguilar Navarro	516
Peticiones del Colegio de Abogados de Baleares	517
Nota entregada al ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal Alemana	518

Para conocimiento de Mr. William C. Rogers, secretario de Estado de los Estados Unidos de América	519
Salutación a Francisco Ayala	521
Petición de indulto general.	521
Al presidente de las Cortes.	522
Amigos catalanes.	522
Supresión del Tribunal de Orden Público.	523
A la opinión pública	523
Declaración de Montserrat	524
Escrito dirigido a la Presidencia del Gobierno	526
Al Presidente del Gobierno	528
Encuentro de Pamplona. Escrito de los participantes	529
A los ministros de Gobernación e Información y Turismo	530
Nota de las Juntas de gobierno de los colegios profesionales de Barcelona	531
Al Presidente del Tribunal Supremo.	532
Artistas plásticos de Madrid contra el proceso 1.001. Solidaridad con la clase obrero en su lucha por la democracia	533
Petición de gracia para Salvador Puig Antich.	533
Declaración de 125 economistas. A propósito de la inflación.	534
Conclusiones de las II Jornadas de Profesores Numerarios de Derecho Penal.	537
Manifiesto para la supervivencia de la cultura gallega	538
¿Por qué esta nueva revista?	541
A la opinión pública	542
Al presidente del Gobierno	543
Quinientos funcionarios piden una reforma democrática de la Administración ...	545
Una carta de los críticos de cine.	546
Conclusiones de la I Muestra de Cine Independiente de Almería	547
Nosotros, ciudadanos del País Valenciano	548

V

EN TRANSICIÓN Y CON LA DEMOCRACIA

(1976-2004)

Un camino hacia la paz. Manifiesto de los objetores de conciencia en Can Serra ...	553
Declaración sobre los cines nacionales.	554
Escrito presentado al Gobierno civil de Barcelona solicitando autorización para una manifestación pro amnistía	555
Artistes Plàstics del País Valencià.	556
Carta de profesores y estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de la UAM a S. M. el Rey, presidente del Gobierno y ministros de la Gobernación y de Justicia.	557
A la opinión pública	558
«Crida Popular» del «Grup d'Independents pel Socialisme»	560
Carta de intelectuales españoles residentes en Estados Unidos	562
Declaración a la opinión pública contra la exclusión del Partido Comunista	564
Contra la forma de aplicación del Decreto 10/76.	566
zapando.....	567
Carta abierta a los castellanos y leoneses	568
Salutación de intelectuales y artistas al XXVII Congreso del Partido Socialista Obrero Español	570

Primera Reunión de Intelectuales y Artistas de las distintas naciones y regiones del Estado Español	570
Escrito de 664 intelectuales y artistas al Presidente del Gobierno	572
Por la unidad de todos	572
No frustrar una esperanza	573
Manifiesto de Cuenca	574
El Museo Internacional de la Resistencia Salvador Allende, en Barcelona	575
La democracia, amenazada	576
Manifest de la cultura catalana	578
Terrorismo contra la libertad de expresión	579
Llamamiento al presidente de la Generalidad provisional y al consejo ejecutivo.	580
Una nació sense estat, un poble sense llengua?	581
Declaración sobre la violencia	588
Resoluciones del Primer Congreso Nacional de Escritores	590
<i>El crimen de Cuenca</i>	592
Carta al Rey sobre restricciones a la libertad de expresión	593
Manifest dirigit al Rei, a Suárez, a Monsonis i a la Comissió de Drets Humans de la ONU	593
Aún estamos a tiempo. Manifiesto de 33 intelectuales vascos sobre la violencia.	595
Con la Constitución	597
Por la libertad, la democracia y la Constitución	599
Manifiesto en defensa de la igualdad de derechos lingüísticos en Cataluña.	601
Declaració en defensa de la llengua, la cultura i la nació	605
El català, la llengua pròpia de Catalunya	606
Llamada a ETA-M contra la violencia.	608
En defensa del Grupo Parlamentario Socialistes de Catalunya en el Congreso de los Diputados.	609
Manifiesto de intelectuales valencianos entregado al Presidente del Gobierno	609
Som Valencians	612
Por el cambio cultural	614
En defensa de la unidad de Castilla y León.	617
70 días y 70 veces	619
Apoyo al decreto de protección del cine.	621
Con Nicaragua	621
Manifiesto de 1.015 médicos contra el aborto	622
Manifiesto de Madrid. De un estado de mercado a un espacio cultural dinámico.	623
Diez razones para ser neutrales	624
Manifiesto por la salida de España de la OTAN	625
Ante el Referéndum.	627
Contra la permanencia de España en la OTAN.	628
Manifiesto a favor del Sí en el referéndum	629
Por la paz y la democracia	631
Declaración Política de la Plataforma Cívica	632
Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas. Manifiesto.	633
Manifiesto del Col·legi de Directors en apoyo de la Oficina Catalana del Cinema	634
Carta abierta en solidaridad al pueblo chino dirigida a los presidentes de Gobierno de la CE.	634
Foro de Escritores contra la Guerra	635
Manifiesto.	635
Por la paz	637

Declaración	637
Contra la guerra del Golfo.	638
Manifiesto en apoyo al Partido Popular. Ahora, la alternativa	638
Ante las elecciones del 6 de junio	641
Protesta por una sutil forma de abuso de la infancia	642
País Valencià i Democràcia. Manifest de presentació	643
El Gobierno y los GAL	646
No nos resignamos	648
En defensa de la democracia	650
Contra la inclusión de Barrionuevo en las listas electorales	651
Por el voto a la izquierda	652
Documento sobre el uso de las lenguas oficiales en Cataluña	653
Manifiesto abierto	656
Manifiesto por la democracia de Euskadi. Declaración del Foro de Ermua	657
Por una salida dialogada al conflicto vasco	658
Manifiesto por la paz, mediante el diálogo y la democracia	660
Por un nuevo modelo de Cataluña	661
Inmovilismo y endogamia en la Universidad	666
Más democracia para Galicia	667
En defensa de <i>La Radio de Julia</i> y de la Libertad de Expresión.	669
Manifiesto de intelectuales catalanes por la paz en Euskadi	671
Per la dignitat del país, per la dignitat de la política. Manifest fundacional de Valencians pel Canvi	672
¡ETA kanpora! ¡Iros! ¡No os queremos!	673
Por el cambio 2000	675
Apoyo al diálogo de la izquierda	675
Recuperar la ilusión, gobernar para todos desde la izquierda	676
Por la libertad, ETA kanpora	678
Pel diàleg, la pau i la llibertat.	679
La Universidad en defensa de la libertad	680
Con la guerra y el terror no se construye la paz	681
Declaració d'Elx de les organitzacions per la llengua catalana	682
La verdadera situación de la Universidad vasca	684
Manifiesto del Cortijo del Fraile	686
Una educación de calidad para todos	687
Pola paz mundial. Non á guerra contra o pobo iraquí	690
Manifiesto del Círculo de Bellas Artes de Madrid	691
Nunca más, ahora ya	692
Plataforma Cultura Contra La Guerra	694
No en nuestro nombre	695
Paremos la guerra contra Iraq	698
Plataforma de escritores contra la guerra	700
Universidad contra la guerra	701
Manifiesto contra la guerra	702
Por una Universidad libre en una sociedad libre	704
Queridos amigos cubanos (de dentro y fuera de la isla)	705
Debate para un cambio en el sistema educativo	706
Ante el cierre del Centro Cultural de España en La Habana	707
Manifiesto para una I+D por la paz	708
Por una sociedad laica. La religión fuera de la escuela	710
Asamblea de Intervención Democrática. Manifiesto	711

¡Ez da egia! ¡No es cierto!	715
Cambio de rumbo	716

VI

EN LA RED, FRENTE A LA CRISIS

(2004-2013)

Izquierda Unida, ahora	721
¡Ahora es el momento!	721
Por una cultura de calidad	723
Carta al Presidente del Gobierno en favor del Pueblo Saharaui	724
Quince años sin <i>Pasionaria</i>	726
Sin violencia YA. <i>BAKEAN dago etorkizuna</i>	727
¡Sí, tenemos que decidir!	728
Manifiesto de apoyo a las Humanidades	729
Por un nuevo partido político en Cataluña	730
En defensa de la Constitución Española.	732
Recado a Chile desde Madrid	734
Manifiesto de Alcalá	734
Unidad Constitucional	736
Con orgullo, con modestia y con gratitud	737
Manifiesto por una nueva cultura del territorio	741
¡Ante todo, la Unidad!.	742
Declaración de Iniciativa jurídica por la defensa de un proceso de paz	744
Manifiesto por la paz, la vida, la libertad y contra el terrorismo.	744
Andalucía de nuevo	747
ETA, fuera de las instituciones	748
No a la guerra	750
Por la convivencia, frente a la crispación	752
Galiza non se vende. Terra viva e vida digna para tod@s	754
Manifiesto cívico por la regeneración democrática.	756
Un compromiso ético inaplazable: la Ley de memoria Histórica	758
Contra la discriminación lingüística.	760
Defender la alegría	760
Galiza non se vende. Manifiesto	761
Manifest 2008.	762
Manifiesto por la lengua común	764
En apoyo al juez Baltasar Garzón	766
Manifiesto contra el silencio sobre el abuso sexual infantil.	767
Contra el fraude hipotecario, por el derecho a la vivienda	768
Contra la reforma legislativa sobre el aborto	770
Propuesta para la reactivación laboral en España	772
Pensar Europa. Decidir Europa	773
Otra política y otros valores para salir de la crisis	775
La dignidad de Catalunya	777
En defensa de los derechos fundamentales en Internet	779
En defensa de una red libre	780
Manifiesto en defensa da lingua	782
Yo acuso al gobierno cubano. Por la libertad de los presos políticos cubanos.	784
En favor de una conferencia nacional del soberanismo	784
Científicos, Universitarios, Personal de Investigación y Ciudadanos.	786

Que la ola de odio no salpique nuestros municipios	787
Declaración por la paz y la democracia	788
No a la guerra	789
Democracia real ya	791
Una ilusión compartida	792
La cultura contra los recortes. Por la defensa de la enseñanza pública de calidad . . .	793
Contra la resignación, Vota!	795
Economistas frente a la crisis	796
Manifiesto por el cambio cultural y comunicativo	798
Con Garzón y la verdad.	799
Manifiesto en defensa del estado del bienestar y de los servicios públicos.	800
Manifiesto de la Asamblea de Trabajadores del Espectáculo	804
Manifiesto Madrid-Donostia. Paz y democracia en el País vasco	805
Manifiesto por las libertades políticas fundamentales de la ciudadanía	806
Manifiesto en defensa da lingua galega	808
Carta abierta por la ciencia en España	810
Y de la cultura, ¿ahora qué?	811
Por la justicia social y la razón democrática. Llamamiento a la Cataluña federalista y de izquierdas	813
Manifiesto de Calatañazor.	817
Per l'Estat propi, la cohesió i el progrés social. Manifest de suport al President Mas.	819
A favor de Cataluña en España	822
Con Cataluña, con España	823
No sin cultura. Manifiesto en defensa de la cultura	825
Contra el indulto como fraude. En defensa de la independencia judicial y de la dignidad	826
Carta al Presidente del Gobierno	828
Declaración frente a las agresiones y recortes que está sufriendo la escuela pública	830
Unes Humanitats amb futur	832
Manifiesto de Zaragoza 2013, por la sanidad pública	835
Manifiesto por una democracia global.	836
Por una nueva ley de partidos	838
En defensa de la independencia judicial	840
Por la recuperación de la soberanía económica, monetaria y ciudadana.	842
Acto de despedida de Gesto por la Paz. Manifiesto final.	846
Manifiesto por la verdad histórica y la libertad de expresión	847
Manifiesto de la Red. #DemocraciaEstancada	848
Convocatoria Cívica	849
Manifiesto	849

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: marzo 2014

© Santos Juliá, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Egedsa
Depósito legal: B. 24110-2013
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-43-4
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5344-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)